El Coche de Don Melchor.

Tradición popular.

I.

Es la noche muy obscura;
nubes pesadas y gruesas,
el alto cielo entoldando,
cual anchas cortinas negras,
el diáfano resplandor
ocultan de las estrellas,
y á la ciudad que dormita
envuelven con sus tinieblas.
De tenaz y fina lluvia,
que persistente gotea,
se ven los dorados hilos
cruzar en oblicuas hebras,
al través de los cristales
de una ventana que deja
á medio abrir, como un cuadro
de luz mortecina y trémula.

UNIVERSITARIA

Nadie que la vió se explica
cómo alumbrar puede aquella
luz que á deshora se advierte
en la ventana entreabierta,
y que alguien está velando
sin duda alguna demuestra,
y nadie dicho misterio
descubrir tampoco acierta.
De mil diferentes modos
el suceso se comenta,
y trae en el vecindario
asustadas á las viejas,
y á esa gente timorata
y supersticiosa, de esa,
que del otro mundo, dice,
que vienen almas en pena;
pues que la dicha ventana,
que iluminada se observa
á deshora de la noche,
pertenece á una vivienda
muy antigua, abandonada,
y que tiene á piedra y mezcla,
y sin inquilino alguno,
cerradas todas sus puertas.
Quién de un crimen, que se fragua
oculto en las sombras, piensa;
quién asegura que allí
se hace «cachuca» moneda;
pero lo más raro aún
que del «espanto» se cuenta,

es que antes de dar las doce
de la noche, al sitio llega
un elegante carruaje
que se detiene á la puerta
de la entrada de la casa,
y que entonces, con cautela,
de la ventana se mira
que se cierran las maderas;
mientras que abajo, en la calle,
obscura, sola, desierta,
piafando están impacientes
dos frisones de piel negra,
que pegados al vehículo,
animosos gorbetean,
y con los herrados cascos
lumbre sacan de las piedras.
E inmóvil, como una estatua,
el auriga mudo espera,
sosteniendo fuertemente
las bridas que los sujetan.
No bien se oye de las doce
la campanada primera,
cuando gira en el cerrojo
de aquella casa en la puerta,
pesada llave, y al punto,
larga, aguda, lastimera,
como el eco pavoroso
de horrible y profunda queja,
rechina en su duro gozne
una hoja de la puerta;

sale de ahí un embozado
violento, tras sí la cierra,
y en el lujoso carruaje
con festinación penetra.
El auriga con la fusta
recio azote al tiro pega,
y, veloz como el relámpago,
parte el coche con presteza,
rebotando por las calles,
y con tal ruido, que altera
de los vecinos el sueño,
y sorprendidos despiertan;
acuden á los balcones,
á las ventanas y puertas,
y miran que á todo escape
por las calles atraviesa,
un coche que tira un tronco
de frisones de piel negra,
que van arrojando chispas
por ojos, fauces y orejas,
y que un acre olor de azufre
á su raudo paso dejan.
Y miran dentro del coche,
entre una fosforescencia,
embozado personaje,
que recatándose, muestra
bajo el ala del sombrero,
dos pupilas, rojas, fieras,
que con brillo inusitado
y dando terror, llamean.

El tal vehículo alcanza
vertiginosa carrera,
y dejando en el trayecto
como una infernal estela,
ante la absorta mirada,
desaparece y se aleja,
volviendo á quedar la calle,
obscura, sola, desierta . . .
El «espanto» da motivo
á innumerables consejas;
las devotas, á sus santos
favoritos se encomiendan,
cuélganse al pecho reliquias,
encienden benditas velas,
y el misterioso suceso
de mil modos se comenta,
y las niñas se desmayan
y se atolondran las viejas,
y para calmar los ánimos,
y para ahuyentar las penas,
se hace entrar en «ejercicios»
á varones y á doncellas;
á los padres de familia
se les exhorta y apremia
que vayan al tribunal
santo de la penitencia;
pues el que en gracia de Dios
suele estar, según se reza,
los demonios de su cuerpo
y de su espíritu ahuyenta.

II.

Refieren las tradiciones,
que en una lejana época,
(sin que fuere necesario
citar el año y la fecha),
en la susodicha casa
de que trato en mi leyenda,
habitó por muchos años
un tal don Melchor, que era
acaudalado minero,
hombre ya de edad provecta,
que por los muchos negocios
que manejaba, se cuenta,
era persona de alta
posición y de influencia;
pues no sólo en Guanajuato,
ciudad rica y opulenta,
en la Metrópoli misma,
y otras varias intendencias,
gozaba de nombre y fama
por lo pingüe de su hacienda.
En los múltiples asuntos
y gestiones financieras
en que intervino, mostraba
honradez á toda prueba;
y mantuvo relaciones
mercantiles, muy estrechas,
con dos españoles ricos
que giraban por su cuenta,

y con fuertes capitales,
en León, una gran tienda.
Al morir, uno de aquéllos,
dejando fortuna inmensa,
y teniendo á don Melchor
como un hombre de conciencia,
al hacer su testamento
lo nombró como albacea;
y dispuso que á la clase
menesterosa, se dieran,
todos los cuantiosos bienes
de que constaba su herencia.
El ejecutor, celoso
del cargo que se le hiciera,
á los pobres repartía
el dinero, á manos llenas;
y por eso á todas horas,
de don Melchor la vivienda,
henchida de pordioseros
los curiosos la contemplan.
Pronto, entre el vulgo, esparciéronse
las más absurdas consejas,
y no faltó quien dijese
que era infiel el albacea,
pues repartido no había
ni la mitad de la herencia.
Y que como se agolparan
de don Melchor á las puertas,
innumerables mendigos,
pidiendo con insistencia,

que del cuantioso legado
su justa parte les dieran,
para ahuyenlarlos, refieren
las populares consejas,
que don Melchor ordenaba,
que del balcón les vertieran
jarras con agua caliente,
y de su opípara mesa
que se tirasen los restos
con la mayor diligencia,
á fin de que ni un mendrugo
percibiese la miseria.

III.

En el templo parroquial
hay escogido concurso
de caballeros y damas
que visten severo luto.
De los altares y bóvedas,
de las columnas y muros,
penden negros atavíos,
y en el centro, vése un túmulo
que gradualmente se eleva
sobre pedestal seguro,
circundado de blandones
con gruesos cirios. El lujo
es la nota que domina
el imponente conjunto;

mas, por otra parte, vénse
todos los semblantes mustios,
á la vacilante lumbre
de las ceras, que en profuso,
por la ancha nave esparcidas,
lanzan sus destellos lúcidos,
bordando una red de oro
en los vitrales y muros.
Los bronces del campanario
doblan con toques agudos
y plañideros, llamando
al oficio de difuntos
en honra de don Melchor
que ha partido de este mundo.
Llega el oficiante al ara,
y poseído de mucho
recogimiento, al hacer
su oblación por el difunto
quédase suspenso, tiembla
siente en la garganta un nudo,
y levantando las manos
al cielo, exangüe, convulso,
aquestas palabras oye,
que con acento profundo,
parecen salir del antro
misterioso de un sepulcro:
—«Es en vano que roguéis
por mi alma, si no purgo
con el eterno tormento,
los males que hice en el mundo.

Cualquiera prez fuera inútil,
cualquiera tormento, nulo,
y en prueba de que en ardientes
y terribles llamas sufro
por mis pecados, y nunca
en su fuego me consumo,
tendedme la mano, oh padre. . .»
y el clérigo siente al punto
cual si le hubiesen vertido
algún líquido sulfúreo
que le quemara la diestra;
pero advierte con gran susto
que de tan terrible llaga
no conserva rastro alguno.
Tan inaudito suceso
grande confusión produjo,
y la gente comentaba
que obtener perdón no pudo,
el que cumplir como bueno
en esta vida no supo.

IV.

De entonces acá refiere
una vieja tradición:
que en punto de dar las doce
de la noche en el reloj
de la Parroquia, mirábase
partir rápido y veloz,

de la casa donde antaño
habitaba don Melchor,
un elegante carruaje
que ~~iba~~ tirado por dos
negros frisones, que echando
chispas de rojo fulgor
por las fauces y los ojos,
cruzaba la población
conduciendo un alma en pena. . .
y la gente dió y tomó,
que era el famoso vehículo
El Coche de Don Melchor.

UNIVERSITARIA

Río de Lerma.

Albino García.

Romance Histórico.

A mi respetable y buen amigo
el Sr. Lic. D. Indalecio Ojeda.

I.

A orillas del ancho cauce,
do en apariencia tranquilo
corre el caudaloso Lerma
entre robustos sabinos;
poblada de hermosos huertos
de limeros exquisitos,
emergiendo de las frondas
de saucedales floridos,

UNIVERSITARIA

se alza, por decirlo así,
en el centro del Bajío,
(extensa y fértil llanura
cuyo suelo es feracísimo),
una ciudad que era antaño,
conjunto de pueblecillos
indígenas, que entregados
de las tierras al cultivo,
lograron fundar la Villa
de Salamanca, por título
del Virrey Gaspar de Zúñiga,
ha muy cerca de tres siglos.
En uno de los hogares
de aquel pintoresco sitio,
arrullada por las brisas
y los murmurios del río,
mecióse la humilde cuna
del gran guerrillero Albino,
valiente entre los valientes,
jefe osado y activísimo,
que cuando estalló la guerra
de Independencia, solícito,
en torno suyo reunió
un puñado de aguerridos,
que como él, en el manejo
del caballo, eran muy listos.
Y llegó el «manco» García,
(como llamaban á Albino),
á ser de los españoles
con justa razón temido;

porque á su valor ingénito,
su sagacidad y brío,
adunaba una estrategia
«sui géneris» al batirlos,
burlando la disciplina
de los jefes más peritos.
La «reata,» dicen que era,
de sus medios ofensivos
el más terrible, pues que,
al frente del enemigo,
destacaba dos jinetes,
que caminaban unidos,
los extremos de una reata
llevando en las sillas fijos.
Y abriéndose raudamente,
cuando se hallaban á tiro,
con la cuerda bien tendida,
veloces cual torbellino,
derribaban del contrario
las filas, siendo seguidos,
por otros y otros jinetes,
que con ímpetu bravío,
sembraban en los realistas
el pavor y el exterminio.
Ya el nombre del guerrillero,
del bravo insurgente Albino,
era célebre por todo
el anchuroso Bajío.
Cuan presto lo derrotaban
en un punto, en otro sitio,

presentábase al instante
con fuerza mayor y brío,
siempre audaz, siempre temible,
en un batallar continuo,
desbaratadas sus tropas;
pero jamás sorprendido.
Y así que se le hostigaba
sin dejarle ni un respiro,
hacia el Valle de Santiago,
su baluarte favorito,
íbase rompiendo bordos
de los vallados, que henchidos
con las aguas destinadas
para el riego de los trigos,
desbordábanse en los campos
inundando los caminos,
é interceptaban el paso
al ejército enemigo.
Y mientras, cobraba aliento
fuera de todo peligro,
para volver á la carga
más vigoroso y activo.

II.

Cansado el Virrey Venegas
de saber que en tanto lance,
el famoso guerrillero
saliera siempre triunfante,

ordenóle á García Conde
que sin demora emplease
cuantos esfuerzos pudiera
con el fin de exterminarle.
A Iturbide y á Negrete,
el Brigadier, al instante,
mandó que lo persiguieran
hasta no lograr su alcance;
y en tanto que los dos jefes
luchaban por encontrarle,
Albino, enfermo, en camilla,
sobre el campo de combate,
por excusadas veredas
y bosques impenetrables,
con sagacidad burlaba
de García Conde los planes;
porque sin ilustración,
hombre rudo é ignorante,
sus naturales talentos
en la milicia, eran grandes,
y era capaz de batirse
con expertos generales.
Pero una noche, Iturbide,
camina con rumbo al Valle,
en donde se hallaba Albino
sin esperar un ataque;
encuentra en profundo sueño
á los insurgentes, y hace
que más de ciento cincuenta,
con inaudita barbarie,

UNIVERSITARIA

en el acto se fusilen
después de un bravo combate;
mas con exclusión de Albino,
de quien logra apoderarse,
y á García Conde lo lleva,
como una prueba palpable,
de que en la reñida lucha
él ha salido triunfante.

III.

En las calles de Celaya
nótase gran movimiento,
cual si á celebrarse fuera
un triunfo, pero siniestro.
Las salvas de artillería
despiertan vibrantes ecos,
y las alegres campanas
repican á todo vuelo.
Están las tropas realistas
formando valla; á lo lejos,
de los clarines y parches
se escuchan los sones bélicos
que baten marcha de honor
con grave y marcial acento.
Por todas partes se miran
grupos de gente del pueblo,
porque se prepara grande,
solemne recibimiento

de Capitán General,
y, fingido todo eso,
demuestra que el regocijo
es infamante y burlesco.
Mas no parte de la masa
noble y sensata del pueblo,
que aclamó Generalísimo
á Hidalgo, frente á su ejército.
No, viene de García Conde,
que olvidado de su puesto,
de su honor y su decoro
de soldado y caballero,
fraguó el odioso padrón
de ignominia, el más sangriento,
para recibir tan sólo
á un valiente prisionero. . . . !
Por entre la muchedumbre
que absorta y muda contémplalo,
se mira cruzar á un hombre,
y todos claman: ¡El reo!
Es Albino, que cargado
de cadenas, bajo el peso
de su desgracia, al patíbulo
camina firme, resuelto.
No saciado García Conde
con su mofa, no contento,
tiene la infelicidad
de insultar al prisionero,
quien con altivez y digno,
al ver que insultan á un muerto,

lanza á Conde una sonrisa
de lástima y de desprecio.

IV.

Y cae el ocho de junio
de mil ochocientos doce,
destrozado por las balas
del infame García Conde,
el guerrillero insurgente
Albino, terror y azote,
en el inmenso Bajío,
de los jefes españoles.
Y mutilan el cadáver,
según los usos feroces,
de aquellos tiempos de lucha,
de venganzas y de horrores.
Separada la cabeza
de Albino, el cruel García Conde,
de Celaya en una calle [1]
ordena que se coloque;
una mano en Irapuato
para escarmiento se pone,
y en Guanajuato la otra
queda clavada en un poste
de San Miguel en el cerro. . . . !
Tal era el pavor que el nombre
del gran Albino García

1 La de San Juan de Dios.

al Virreinato infundióle,
por libertar á la Patria
dándole su sangre noble
y demostrando á la historia
con el brillo de sus dotes,
cómo sucumben los héroes
con la firmeza del bronce.